

2. El adiós de la belleza

El salmo 41 es una canción de alegría y tristeza, porque es una canción de deseo. En el deseo siempre hay una mezcla de alegría y pena, de felicidad y tristeza, a veces intermitente, a veces fusionada en una extraña coincidencia de opuestos, como a menudo lo testimonian los místicos cristianos. Porque el deseo del alma es el nexo entre la presencia y la ausencia del cumplimiento, del fin de nuestro corazón.

Cuando tenemos cualquier experiencia de verdadera belleza, ya sea de la creación, de la naturaleza, ya de la cultura, como en el arte, la música, la poesía, nos invade siempre por una nostalgia, porque lo que estamos experimentando con alegría, lo que nos está dando satisfacción, al mismo tiempo nos dice: "¡Adiós!". Cuando admiramos un hermoso paisaje natural, en las montañas o cerca del mar, lo que estamos observando está a su vez desapareciendo. Por supuesto, siempre habrá nuevas auroras doradas y nuevas puestas de sol, pero ese amanecer concreto, ese atardecer, ya no existirán más. Ya no será lo mismo, ni tampoco nosotros no nos encontraremos más allí, no vamos a tener los mismos sentimientos, tal vez nos encontraremos más distraídos o superficiales, y no vamos a ver esa belleza con la misma intensidad.

Toda experiencia hermosa nos dice, "¡Adiós!", y esto es un consuelo, porque todo lo que pasa, es como si nos diera una cita con Dios, en Dios. Él nos dice "¡A Dios!". En Dios encontramos y encontraremos de nuevo toda la belleza que pasa, la que en esta tierra ya no experimentamos como en esa experiencia concreta. Sobre todo, la experiencia, la más hermosa entre todas, de la amistad, la belleza de la amistad, del amor de y hacia otra persona. Incluso entre marido y mujer, cada experiencia de amor dice: "¡Adiós!"; remite a una plenitud en Dios de nuestras vidas, nuestras relaciones, nuestros sentimientos, que en esta vida siempre están amenazados de desaparecer, de corromperse, de terminar. Y cuanto más consciente se es de esto, más se disfruta de la belleza que pasa, del momento de amistad que se vive ahora, porque esta consciencia permite disfrutar de todo sin querer parar nada, dejando que las cosas y las experiencias existan, sin querer coleccionar o archivar la belleza artificialmente. De hecho, Jesús nos pide que "acumulemos tesoros en el cielo" (cfr. Mt 6,20), es decir, que digamos: "¡Adiós!", con serenidad a cada experiencia, a cada instante de la vida, a cada momento de belleza, a cada experiencia de amor, de afecto, de fraternidad, justamente para poder conservar todo esto para siempre. La posesión virginal de las cosas y de las personas es posible precisamente cuando se vive la dimensión del: "¡Adiós!".

Y Jesús recalca que al hacer esto encontraremos nosotros mismos nuestro corazón: "No acumuléis riquezas en la tierra, donde la polilla destruye y las cosas se echan a perder, y donde los ladrones entran a robar. Acumulad más bien vuestras riquezas en el cielo, donde la polilla no destruye, ni las cosas se echan a perder, ni los ladrones entran a robar. Porque donde esté tu riqueza, allí estará también tu corazón." (Mt 6,19-21)

También nuestro corazón necesita decir: "¡A Dios!" a todos y a todo si quiere encontrarse eternamente en Dios. Cuando no decimos: "¡A Dios!" a lo que está fuera de nosotros, es como si lo que está fuera de nosotros nos arrastra con ello hacia su desvanecimiento, hacia su pasar. En cambio, se trata de todo lo contrario: que remitiendo al Señor todas nuestras experiencias, nuestros afectos, los momentos de belleza y verdad que vivimos, todo lo "acumulemos" en el Cielo, en Dios, para nosotros mismos y para los demás, también para la creación que "gime y sufre" (Rom 8,22), porque "espera con gran impaciencia el momento en que se manifieste que somos hijos de Dios" (Rom 8,19). Es como si nuestro corazón tuviera el poder de hacer volver a Dios todo el tiempo, toda la creación, todos los encuentros, todas las personas, en la medida en que lo vive todo en la virginidad que no guarda para sí, si no que deja todo para la plenitud en la comunión con Dios.

P. Christian de Chergé, Prior de la comunidad de mártires trapenses de Tibhirine, pone fin a su testamento, que debe ser considerada como una de las páginas cristianas más intensas y significativas, diciendo: "À Dieu", "¡A Dios!", incluso al "amigo" musulmán que podría un día quitarle la vida, como de hecho sucedió: "Y también tú, amigo del último momento, que no sabías lo que estabas haciendo. Sí, también para ti, quiero este GRACIAS y este A-DIOS previsto por ti. Y que se nos permita encontrarnos, ladrones bienaventurados, en el paraíso, si Dios así lo quiere, Padre nuestro de los dos"¹.

El mártir cristiano desea que incluso el último encuentro con su propio "enemigo" pueda ser transformado en una cita eterna con el Padre del Cielo. Jesús el primero dijo: "A Dios" a los que le estaban crucificando pidiendo para ellos el perdón del Padre (cfr. Lc 23,34), y al ladrón arrepentido le dijo un: "¡A Dios!" que es un: "Hasta pronto en el paraíso" (cfr. Lc 23,43).

La percepción de la conciencia del fin, del fin de todo, es decir, la sed de Dios, hace que el momento sea tenso, y esto da plenitud al tiempo, al aquí y ahora de la vida y, por lo tanto, a toda la vida. El padre Christian de Chergé hace que el último minuto de su vida sea eterno, y que lo sea el último encuentro con el hermano que lo matará, a quien llama "amigo del último instante", porque está ya listo para vivir ese momento dándolo a Dios, ofreciéndolo a Dios. La tensión hacia el fin de la vida reúne a los instantes disipados por el historial del tiempo, y los unifica, unifica la vida, la hace íntegra, "monástica" en el sentido literal de la palabra. Por eso necesitamos momentos y tiempos de recogimiento de la disipación de la vida, reordenándolo todo. No se trata de "poner orden", sino de abandonarse de nuevo hacia una tensión hacia el fin, hacia una sed de plenitud, a la sed del Dios vivo. De lo contrario, si solo ponemos orden, tan pronto como empecemos a caminar, todo se desordenará como y quizás peor que antes.

¹ « Et toi aussi, l'ami de la dernière minute, qui n'auras pas su ce que tu faisais. Oui, pour toi aussi je le veux ce MERCI, et cet « À-DIEU » en-visagé de toi. Et qu'il nous soit donné de nous retrouver, larrons heureux, en paradis, s'il plaît à Dieu, notre Père à tous deux. »\